

Pedro L. Yúfera

BAILARÉ PARA TI



Bailaré para ti

Pedro L. Yúfera

Primera edición: diciembre 2025

© Copyright de la obra: Pedro L. Yúfera Sales

© Copyright de la edición: Grupo Editorial Angels Fortune

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

Código ISBN: 979-13-991336-0-8

Código ISBN digital: 979-13-991336-1-5

Depósito legal: B 22327-2025

Corrección: Carlos C&M

Maquetación: ©dianliro

Diseño de portada: Cristina Lamata

©Grupo Editorial Angels Fortune

www.angelsfortuneditons.com info@angelsfortune.com

Barcelona (España)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*Este libro está dedicado a todas aquellas personas a las que
alguien les robó la felicidad.*

Nunca he escrito, creyendo hacerlo. Nunca he amado, creyendo amar. Nunca he hecho nada, salvo esperar delante de una puerta cerrada.

El amante.

Marguerite Duras

De nada sirve regresar a los orígenes porque, aunque los paisajes permanezcan inmutables, una mirada jamás se repite.

El río del olvido.

Julio Llamazares

PERSONAJES HISTÓRICOS QUE APARECEN EN LA NOVELA

Giulio Alberoni (Piacenza, 1664 – Roma, 1752): consejero de Felipe V, dirigió la política española desde 1714 hasta 1719. Fue nombrado cardenal en 1716.

Francisca María de Borbón (*Mademoiselle de Blois*) (Maintenon, 1677 – Saint Cloud, 1749): una de las hijas bastardas que Luis XIV tuvo con *Madame de Montespan*. Duquesa de Orleans al contraer matrimonio con Felipe II, duque de Orleans.

Mariana Victoria de Borbón y Farnesio (Madrid, 1718 – Lisboa 1781): conocida como *Marianina*, era hija de Felipe V y de Isabel de Farnesio. Prometida a la edad de cuatro años a Luis XV, acabó siendo reina de Portugal.

Restaino Cantelmo-Stuart y Brancia (Nápoles, 1651 – Madrid, 1723): duque de Popoli. Capitán general de Cataluña en 1713 y tutor del príncipe Luis.

Carlos III (Madrid, 1716 – Madrid, 1788): primer hijo de Isabel de Farnesio con Felipe V. Rey de Nápoles (1734 – 1759) y de España (1759 – 1788).

[13]

Isabel de Farnesio (Parma, 1692 – Aranjuez 1766): segunda esposa de Felipe V y reina de España.

Felipe V de Borbón (Versalles, 1683 – Madrid, 1746): nieto de Luis XIV de Francia y rey de España a resultas de la guerra de Sucesión tras la muerte de Carlos II, de la casa de Austria.

Felipe II de Orleans (Saint-Cloud, 1674 – Versalles, 1723): sobrino de Luis XIV. Duque de Orleans y regente de Francia tras la muerte del Rey Sol, hasta la mayoría de edad

de Luis XV. Participó en la guerra de Sucesión española en el bando francés.

Fernando VI (Madrid, 1713 – Villaviciosa de Odón, 1759): tercer hijo de Felipe V y de María Luisa Gabriela de Saboya. Reinó en España tras la muerte de su padre.

Antonio del Giudice (Nápoles, 1657 – Sevilla, 1733): príncipe de Cellamare. Al servicio de Felipe V, instigó una conspiración contra el regente de Francia, Felipe de Orleans, para intentar derrocarlo y transferir la re- gencia al rey de España.

Francesco del Giudice (Nápoles, 1647 – Roma, 1725): cardenal, consejero de estado de Carlos II y de Felipe V, virrey de Sicilia, inquisidor general y tutor del príncipe Luis.

Andrés González de Barcia y Carballaído (Galicia, 1673 – Madrid, 1743): abogado, político, historiador y uno de los miembros fundadores de la Real Academia Espa- ñola. Entró al servicio de Felipe V siendo superintendente del Real Aposento de la Corte, Juez privativo de Rentas reales y de la Junta de la Visita de la Real Hacienda.

[14]

Carlos Francisco de Habsburgo, archiduque de Aus- tria (Viena, 1685 – Viena 1740): pretendiente al trono de España a la muerte de Carlos II, se enfrentó a Felipe V en la guerra de Sucesión. Fue proclamado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico como Carlos VI.

Luis I de Borbón (Madrid, 1707 – Madrid, 1724): primogénito de Felipe V y rey de España desde enero de 1724.

Luisa Isabel de Orleans (Versalles, 1709 – París, 1742): hija de Felipe de Orleans y *Madame* de Blois. Reina de España tras casarse con Luis I.

Françoise-Athénaïs de Rochechouart, (*Madame de Montespan*) (Lussac-les-Châteaux, 1640 – Bourbon-l'Archambault, 1707): amante de Luis XIV, con quien tuvo siete hijos. Fue acusada de querer envenenar al rey y de participar en misas negras y sacrificios para conservar el favor real.

María Luisa Gabriela de Saboya (Turín, 1688 – Madrid, 1714): primera esposa de Felipe V y reina de España.

James Fitz-James Stuart (Moulins, 1670 – Philippsburg, 1734): duque de Berwick y mariscal de Francia. Lugarteniente general de los ejércitos franceses en la guerra de Sucesión. Rindió la ciudad de Barcelona, partidaria del archiduque Carlos.

Marie-Anne de la Trémoille (París, 1642 – Roma, 1722): princesa de los Ursinos. Noble francesa que acompañó al rey Felipe V cuando este asumió en 1700 la corona española. Por orden de Luis XIV, controló la política española hasta la llegada de Isabel de Farnesio.

Noviembre de 1734 Madrid

Debería confesar la verdad. Ya no tiene sentido ocultarla. O quizá sí.

Los hechos ocurrieron hace muchos años y descubrir lo que aconteció solo me traerá nuevos problemas y hará daño a las personas que quiero y que me quieren.

He vivido momentos muy dolorosos, pero, en la balanza de la vida, pesa más la felicidad.

Sin embargo, creo que debo sincerarme con quien me ayudó y por eso estoy frente a su casa. Asumiré las consecuencias, aunque no puedo evitar tener miedo.

El nacimiento de un futuro rey

25 de agosto de 1707

Palacio del Buen Retiro

El llanto vigoroso de un niño transformó el semblante extenuado de la reina María Luisa Gabriela de Saboya y lo iluminó con una sonrisa de felicidad. El parto no había sido difícil. El médico y una matrona la habían ayudado, mientras las damas de la reina le infundían ánimos y le enjugaban el sudor. Ahora el recién nacido descansaba, trémulo, sobre el cuerpo de su madre.

La matrona arropó al recién nacido y lo llevó a la estancia donde su padre, el rey Felipe V, paseaba nervioso, acompañado del cardenal Portocarrero, el ministro Orry y otros gentilhombres.

La dicha del monarca era indescriptible. Las tropas del duque de Berwick habían doblegado a las del archiduque Carlos en Almansa, cuatro meses atrás. La victoria en la guerra se adivinaba próxima y, además, le había sido concedido un heredero.

Felipe encargó al cardenal que bendijera allí mismo a su hijo y, con el niño en brazos, se asomó a uno de los balcones del Palacio del Buen Retiro. Abajo, un gentío abarrotaba los jardines: desde la víspera, las puertas habían quedado abiertas para que el pueblo de Madrid disfrutara de ellos, a la espera de la venturosa noticia.

Con motivo de la buena nueva, y a pesar de tener la guerra a las puertas de la capital, los reyes no escatimaron en celebraciones y festejos en la plaza grande del palacio. Numerosos presos obtuvieron el perdón de sus condenas por concesión graciosa de Sus Majestades y en la plaza Mayor se soltaron toros, que fueron lanceados por jinetes expertos. La muerte de cada animal sangrando hasta la extenuación era aplaudida por la muchedumbre.

8 de diciembre de 1707

Iglesia de la Virgen de Atocha

Una aglomeración de gente cercó la iglesia para ver entrar en silla de manos, cubierta de espejos y brocado, al pequeño príncipe. Cuatro pajes lo portaban hacia la pila bautismal. Detrás desfilaban Felipe de Orleans y Marie-Anne de la Trémoille, princesa de los Ursinos, quienes actuaban como padrinos. Allí los esperaba el cardenal

Portocarrero, satisfecho de bautizar por fin al niño y de poder olvidar su enojo por haberle obligado a retrasar más de tres meses el sacramento, con riesgo del fuego eterno, solo por exigencia de Luis XIV, el rey de Francia. Felipe V, siempre tan sumiso a su abuelo, había accedido. Y todo para que estuviera presente en la ceremonia, como enviado del monarca francés, su sobrino Felipe de Orleans, que en aquellas fechas luchaba en el frente de Aragón con las tropas franco-españolas.

La guerra de Sucesión estaba en su fase más cruenta. El origen del conflicto había que buscarlo en la muerte sin descendencia del rey de España, Carlos II, último representante de la casa de Habsburgo, que en su testamento había nombrado sucesor al hijo del delfín de Francia, Felipe de Anjou, que subió al trono español en 1701 como Felipe V. Sin embargo, quien realmente movía los hilos en la sombra era el Rey Sol, Luis XIV de Francia, a través de los consejeros que había enviado a su nieto. España sería tutelada por Francia.

La creación de una gran alianza antiborbónica auspiciada por Inglaterra y las Provincias Unidas de los Países Bajos, que temían que Francia tratara de controlar el comercio marítimo con América, defendía el derecho al trono español del archiduque Carlos de Austria y acabó de encender el fuego de la guerra, que llevaba seis años azotando Europa y, en especial, España, donde se había

convertido en una verdadera guerra civil entre defensores de la causa borbónica y de la causa austriacista.

Hasta ser coronado rey de España, Felipe había disfrutado de una vida regalada en un Versalles amante de las fiestas, bajo la autoridad indiscutible de su abuelo, que aplastaba cualquier disidencia. Rey de una corte austera y aburrida, tener que dar cuenta y razón a una nobleza tan reivindicativa como la española le costaba una enormidad, al igual que tomar decisiones. Por eso le parecía perfecto que el rey de Francia le aconsejara o las tomara por él. En cambio, su esposa, la reina María Luisa Gabriela de Saboya, no estaba dispuesta a someterse con igual complacencia a esa tutela. Era una mujer querida por los ciudadanos de Madrid y la llegada de un heredero, pronto apodado el *Bien Amado*, pareció despejar los negros nubarrones que muchos intuían.

En ese contexto había llegado al mundo el pequeño príncipe. Los monarcas decidieron imponer al recién nacido el nombre de Luis, en honor de su bisabuelo el rey de Francia. Ningún monarca español había llevado ese nombre, de gran popularidad en el país vecino. Luis XIV estaba seguro de que la madrina, su fiel agente Marie-Anne de La Trémoille, princesa de los Ursinos, había influido en ello. Él mismo la había elegido para acompañar a su nieto Felipe cuando en 1700, a los diecisiete años, este asumió la corona española. Y la princesa había conseguido que la

joven reina, María Luisa, la aceptara como camarera mayor de palacio, un cargo que le permitía pasar informes periódicos al soberano francés e intrigar constantemente. Con el ministro Jean Orry, gobernaban España de facto.

A la salida de la iglesia, el delirio del pueblo se desató. Ese niño era la esperanza que pondría fin a las continuas guerras que assolaban los campos españoles.

Guerra civil

1709-1714

La guerra civil parecía no tener fin. Lucha entre hermanos que defendían dos idealizaciones. A veces, era la posición geográfica quien decidía el bando; otras lo era el convencimiento de los poderosos que luchaban por sus propios intereses y conseguían el favor del pueblo inclinando la balanza.

Había quien escuchaba embelesado las excelencias que proclamaban los nobles y señores sobre el rey francés Luis XIV y confiaban en que Felipe, su nieto, haría resurgir la época de los Austrias y se enfrentaban a los que eran partidarios del archiduque Carlos, continuador de una malograda estirpe, pero de quien esperaban ilusorias concesiones.

Fue una guerra con altibajos, con fidelidades cambiantes, con aclamaciones y traiciones, con conquistas y reconquistas.

Un país desangrado por las huestes extranjeras y aclamado por el pueblo.

La llegada del duque de Vendôme con su ejército francés, que derrotó a las tropas aliadas en Brihuega y Villaviciosa, cambiaron las tornas del conflicto bélico.

La muerte de José I, hermano del archiduque, hizo que este regresara a Viena para asumir la corona imperial como Carlos VI, y la pérdida de Inglaterra como gran aliada, que tampoco aprobaba que los Habsburgo ahora unieran la corona de España con la del Sacro Imperio, sentenció la guerra a favor del francés, aunque aún se prolongaría varios años y no acabaría hasta que Barcelona fue recuperada.

Acerca del autor



Pedro L. Yúfera (Barcelona, 1957) es licenciado en Derecho por la Universidad de Barcelona y licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Decano emérito del Colegio de la Abogacía de Barcelona. Profesor de Derecho Civil y de Arbitraje, ha impartido conferencias en más de 20 países sobre temas jurídicos diversos. Pero su gran pasión, además del ejercicio de la abogacía, es la historia y la literatura. Autor de *El milagro de las abejas*, *El último rey de Tenerife* y *No dejes*

que nadie robe tus sueños regresa al mundo literario con su nueva novela *Bailaré para ti*.